AÑO IV. MADRID, FEBRERO DE 1924. NÚM. 28.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

DIRECTOR-PROPIETARIO: Dr. MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: **CALLE DEL BUEN SUCESO, 18 duplicado.**

Precio de suscripción anual: España, **10** pesetas; Extranjero, **12** o **2** 1/2 dólares.
Número suelto: **Una** peseta. Corresponsales: 25 por 100.

CONDICIONES DEL VERDADERO HOMBRE

POR RUDYARD KIPLING

(TRADUCCIÓN DE ROGELIO ECHARRI)

Si tú te puedes conservar sereno,
cuando otros a tu lado palidecen,
de su cobarde envidia roto el freno,
en vilipendios que ellos se merecen;
si te muestras seguro de ti mismo
cuando todos se empeñan en dudar,
y sabes despreciar su pesimismo
y sus recelos sabes disculpar;
si sabes esperar sin impaciencia;
si, injuriado, no quieres injuriar;
si el odio pagas con benevolencia
sin alabarte de tu noble obrar:
Si soñar puedes sin que al despertarte
sean los sueños dueños de la acción,
guardando el rumbo sin desorientarte
por un exceso de imaginación;
si, despreciando sus banalidades,
Gloria o Desastre sabes afrontar,
y ves con calma tus sinceridades
con artera intención interpretar;
si al contemplar que la obra de tu vida
alguien, aleve, logra destrozar,
sabes decirle al alma dolorida:
¡Adelante! ¡Volvamos a empezar!:
Si pudiendo apilar lo que has ganado
lo sabes arriesgar a «cara o cruz»
y pierdes, y al perder nunca han cambiado
color tu cara ni tus ojos luz;
si contristado, exhausto y dolorido,
le ordenas resistencia al corazón,
y vences cuando estabas ya vencido,
rotos los nervios, yerta la razón;
si hablas al vulgo sin acanallarte;
si hablas con reyes sin enloquecer;
si ni unos ni otros logran alterarte,
sacando tu alma de tu propio ser:
Si la hora que fugaz pasa y no espera
con asidua labor sabes colmar,
nadie podrá oponerse a tu carrera
y HOMBRE algún día te podrás llamar.

Por haber contraído matrimonio, ha cesado en la Administración de HESPERIA la señorita Sara Roso de Luna y Román. Toda la correspondencia y giros de aquélla, por tanto, deberán ser hechos en lo sucesivo al Director, Dr. Roso de Luna.

¡NO HABLES CONTRA EL SOL!

Los grandes rotativos americanos nos traen la noticia que en un templo cristiano de New-York acaban de celebrarse solemnes cultos al Sol.

Y que las ceremonias se llevaron a cabo con arreglo a los antiguos ritos egipcios, reviviendo el culto de la divinidad solar, Ammon Ra.

Y que ante una concurrencia muy numerosa, entre las melodías de las arpas, el Rector del templo de San Marcos entonó esta canción:

«¡Saludámoste, oh Sol, divino Dios de todos los días! ¡Eres hermoso cuando te elevas en el horizonte sobre el espacio! ¡Eres sublime, átomo viviente, orbe de luz, principio de vida!»

Y al canto del Rector replicó el coro en estos términos:

«¡Qué hermoso eres, oh Sol, brillando sobre toda la Tierra! ¡Tú eres Ra, el Dios-Sol, que cautivas a todos y a todos fecundas con Tu amor!»

Luego el Jefe del templo hizo una señal, y todos se arrodillaron:

«Hinquémonos de rodillas—dijo—y elevemos una plegaria silente de adoración hacia Ammon Ra, Dios del Cielo.»

Y así se hizo. Y esa muchedumbre cristiana, pasados algunos momentos de religiosa meditación, salió del templo «paganizada», sí, pero muy regocijada, espiritualmente renovada.

Dichos festejos al Sol tuvieron sus elogios y sus protestas, como es natural. Unos decían que los antiguos concebían a Dios mejor que nosotros y que el Sol, en efecto, es el mismo Dios porque nos da luz, vida y movimiento. Otros, en cambio, han protestado contra semejantes aberraciones, afirmando que Dios es Dios, y que el Sol es un simple servidor de la Tierra, y que anda por ahí para darnos luz durante el día, y nada más.

Y yo, que no pretendo aquí discutir esos elogios ni esas protestas, me concretaré simplemente a manifestar mis impresiones, y que la primera que suscitaron en mi mente los citados cultos al Sol fué la que me sugerió, como por analogía, esta sentencia de Pitágoras:

¡No hables contra el Sol!

Y luego, debido a este mandato del filósofo de Samos, entré en las siguientes reflexiones:

El Sol, me dije, es el corazón del Cosmos.

Y el corazón del hombre es el centro irradiador de su vida.

Tal como el corazón recibe y distribuye la sangre por el organismo, así el Sol recibe y distribuye la vida por el organismo de nuestro Cosmos.

La sangre es el vehiculo de la vida, y la vida es el Licor divino que fecunda la sangre y anima nuestro organismo.

No es el corazón el que hace circular la sangre por nuestro organismo: es el Ego. Asimismo, no es el Sol el que difunde la vida por el organismo de nuestro Cosmos: es Dios.

Y cual nuestro Ego se sirve del corazón como de su vehiculo para darnos vida y movimiento, así Dios se sirve del Sol como de un vehículo de Sus proyecciones para darle al Cosmos luz, vida y movimiento.

No. El Ego no reside en el corazón; otro es el sitio de este interno Morador nuestro. Tampoco Dios reside en el Sol; otro es el sitio de este divino Morador, cuya circunferencia carece de limites.

¿Dónde reside Dios, entonces?

El genio de José M. Heredia lo ha entrevisto con estas admirables estrofas de su *Himno al Sol:*

«¡Sol! Mis votos humildes y puros
de tu luz en las alas envía
al Autor de tu vida y la mía,
al Señor de los cielos y del mar.
Alma eterna, doquiera respira;
y velada en Tu fuego La adoro...
Si yo mismo ¡mezquino! me ignoro
¿cómo puedo su Esencia explicar?»

Como es arriba así es abajo; y esa hermética sentencia explica la de la *Llama* solar en su relación con la *chispa* terrenal: «Tú eres Yo misma, Mi imagen y Mi sombra.»

Dios es eterna Llama, y chispas son todos los organismos que viven, todos los seres que evolucionan en el Universo, desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande.

El hombre es un organismo, y este organismo es un sér vivo porque tiene su alma, y este sér vivo es un pensador porque tiene su Yo, un Morador interno, en virtud del cual el hombre dice: yo soy Yo.

Como el hombre, así el planeta Tierra es un organismo, y este organismo es un sér vivo porque tiene su alma, y este sér vivo tiene su Yo, un Morador interno, en virtud del cual nuestra Madre Tierra se manifiesta como Entidad muy sabia y organizadora por excelencia.

Como la Tierra, así nuestro Sistema Solar es un organismo compuesto de varios planetas y satélites, y este organismo es un sér vivo porque tiene su alma que vivifica a todo cuanto abarca, y este sér vivo tiene su Corazón, el Sol, que hace girar los satélites alrededor de los planetas, ordenada y sabiamente, porque este Corazón tiene su Morador interno, un Yo que, en decir de Salomón, todo lo rige y gobierna según su número, su peso y su medida.

Y como el hombre, como la Tierra, como nuestro Sistema Solar, así el Universo que nos rodea es un organismo, compuesto de innumerables Sistemas Solares, y este organismo es un sér vivo porque tiene una inmensa Alma que todo lo vivifica por medio de Sus cósmicos Corazones, de Sus Soles, y todos estos Soles tienen su Centro de gravitación, un SOL CENTRAL, que es Causa Primordial de todo cuanto existe y en quien adoramos a la Suprema Divinidad.

He ahí, pues, la razón que motivó la expresión de Pitágoras que se acaba de citar:

No hables contra el Sol, porque el Sol que ves es Corazón de Dios y tú eres Su palpitación; Él es divina Llama, y tú eres Su chispa; Él es tu Yo, que se ha revestido de ti, y tú has de ser su vehículo hasta el anhelado Día en que vuelvas a ser EL MISMO. De ahí que el Iniciado de cierto Grado, al sumirse en esa divina Llama, «toma posesión de su divinidad», como Maestro, como Hijo de Dios, y exclama:

¡Dios mío, Sol mío, has radiado sobre mí Tus fulgores!

Y tal como el Iniciado de nuestros días, así exclamaba en tiempos muy remotos el *glorioso Electo del Sol*, en las Logias egipcias, y de esta ceremonia de Iniciación se han descubierto esculturas representando al Candidato entre dos divinidades que le apadrinan: Osiris-Sol con cabeza de halcón, y Mercurio con cabeza de ibis, y ambos derramando el *Licor de Vida* sobre la cabeza del Iniciado, para significar la unificación de la Llama solar con la chispa terrenal, o sea del hijo del Hombre con el Padre nuestro que está en los Cielos.

Y en tal sentido vemos que el culto al Sol ha sido practicado aún «por los de afuera», como diría el Maestro Jesús, pues sabemos que hasta el siglo VI

las oraciones litúrgicas del Cristianismo contenían frases como ésta: *Nuestro Señor el Sol*, que después se cambió por la de *Nuestro Señor Jesucristo*.

Y esto se explica, porque Dios, en decir del profeta David: «Ha colocado su tabernáculo en el Sol». Y San Justino, mártir, decía: «Dios permite que LE adoremos en el Sol». Y con razón, porque el Sol, para los parsos, es «Ojo de Ormuzd».

Para los helenos es «Ojo de Júpiter».

Para los órticos es «Dios del Buen Consejo».

Para los egipcios, «Osiris es el Sol, Rey celeste».

Para el filósofo Platón, el Sol es un Sér viviente e inmortal... «Has de saber, decíale a Glauco este gran Iniciado, que cuando hablo del Bien yo me refiero al Sol, porque el Hijo tiene analogía con el Padre.» Hijo es el Sol que vemos, y el Padre es Dios, que por mediación de su Hijo, el Sol, nos da movimiento, luz, vida y todo lo que somos, todo lo que hemos sido y lo que hemos de ser.

Estas palabras del Maestro Platón explican las de Hermes Trismegisto: «La misteriosa Palabra-Espiritu lo produce todo a través del Sol, y nunca opera por otro medio.»

Y estas palabras del Tres veces Grande las cita nuestra sabia Instructora H. P. Blavatsky, en su *Doctrina Secreta*, y añade: «Porque el desconocido Poder colocó en el Sol, y no en ninguno otro cuerpo celeste, el asiento de Su morada.»

Por tal razón se dijo en la Biblia, antes de la Era Cristiana: «Enviaré a mi Hijo desde el Sol.» Y al iniciarse la Nueva Era nos refieren los evangelistas que en consumarse el Sacrificio del Calvario el Sol se había obscurecido, o séase, la *Morada del Hijo de Dios* había vibrado con tal intensidad que los hombres quedaron momentáneamente obcecados, y creyeron por esto que el Sol se había obscurecido.

FRANCISCO BERTY.